
El mundo a través de un anteojo



Tú no has visto nunca tu propia cara. Esto puede que te sorprenda, pero así es.

Dirigiendo mucho los ojos hacia abajo, podéis veros la punta de la nariz. Haciendo con la boca un morro muy pronunciado, podéis ver el borde de los labios. Sacando la lengua todo cuanto podáis, llegaréis a ver la punta.

Pero vuestra propia cara no os la habéis visto nunca. Sería preciso que salierais de vosotros mismos y pudierais contemplaros desde fuera, y eso no es presumible.

Cuando decimos que sabemos cómo tenemos la cara, queremos significar que nos hemos mirado a un espejo y hemos visto su imagen, es decir, una reproducción exacta de nosotros mismos.

Tampoco podemos haber visto nunca la totalidad del mundo en que vivimos, ni lo podremos ver jamás. Ordinariamente vemos del mundo el pequeño trozo que nos rodea, bien andando por la calle, asomándonos a la ventana o paseando por el campo.

Pero si subimos a lo alto de una torre, vemos mayor espacio. Si trepamos a la cúspide de una montaña, vemos más aún. Si nos elevamos en un aeroplano, se amplía el espacio visible, y así sucesivamente.

Pues bien, por alto que subiéramos, no podríamos ver jamás la totalidad del mundo. Sería preciso, como decíamos antes, salir de nosotros mismos, esto es, salir de la Tierra en que vivimos, y traspasando las nubes y alejándonos hasta donde están las estrellas, contemplar desde allí nuestro globo como desde la Tierra vemos otros planetas. Y esto hay que renunciar a que podamos conseguirlo, por muy perfecto que fuera el aeroplano que nos condujera por las más altas regiones del cielo.

Y lo peor es que no podemos hacer con el mundo lo que hacemos con nuestra cara, asomarla a un espejo. ¿Cómo saber entonces a qué se parece el mundo?